



# Pablo d'Ors

## Biografía de la luz



PABLO d'ORS

# Biografía de la luz

UNA LECTURA MÍSTICA DEL EVANGELIO

Galaxia Gutenberg

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2021

© Pablo d'Ors, 2021  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 143-2021  
ISBN: 978-84-18526-13-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Franz Jalic, mi maestro*

# Índice

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| Prólogo.....                         | 13  |
| I. Iniciación a los Misterios.....   | 17  |
| II. Pruebas del Testigo.....         | 67  |
| III. Promesas de plenitud.....       | 113 |
| IV. Condiciones del discipulado..... | 165 |
| V. Encuentros con el Maestro.....    | 221 |
| VI. Terapias del Espíritu.....       | 267 |
| VII. Trampas de la mente.....        | 317 |
| VIII. Relatos para el Despertar..... | 351 |
| IX. Corazón de pastor.....           | 389 |
| X. Metáforas de la identidad.....    | 425 |
| XI. Pasiones del alma.....           | 457 |
| XII. Destellos de Realidad.....      | 525 |
| Epílogo.....                         | 561 |

## Prólogo

Todo lo que se cuenta en los evangelios, y que creía saber de memoria, comenzó a resonar en mí de forma distinta hace unos años. En mi infancia, los escuchaba o leía como cuentos o mitos; de joven, aprendí a leerlos en clave teológica e histórico-crítica; más tarde, convencido de su inmensa riqueza, lo hice desde una perspectiva moral y pastoral. Siendo útiles y necesarios, estos tres tipos de lectura del texto sagrado admiten y hasta piden una cuarta: la simbólica, sapiencial o mística. Quiero decir que leer desde el interior –y ya veremos qué significa esto– es lo que de verdad nos alimenta. Ésta es la razón por la que he escrito este libro: una interpretación muy personal de la figura y del mensaje de Jesús de Nazaret.

Claro que todo lo que pueda decirse o escribirse sobre Jesús y su evangelio estará cargado siempre, necesariamente, del peso de la tradición y de la fe. Por ello, toda aproximación literaria a Jesús debe ser modesta. Es el caso, desde luego, de esta *Biografía de la luz*: un ensayo escrito para todos aquellos a quienes interese la búsqueda espiritual.

La clave para entender esta *Biografía de la luz* es, evidentemente, la luz; pero no sólo la de quien se definió a sí mismo como Luz del mundo, sino también la de todos sus seguidores y, más inclusivamente, la de todos los hombres y mujeres hambrientos de espíritu. Esta óptica tan amplia ha sido para mí siempre capital, persuadido como estoy de que todos estamos llamados al despertar, por lejos que po-

damos sentirnos todavía de algo así. Me ha interesado lo que los evangelios dicen de nosotros hoy. Porque el evangelio es la historia de nuestra propia vida: una guía para aprender a ser quienes somos y para tener el coraje de vivir de otra manera.

Las perspectivas que han guiado mi escritura han sido tres: la existencial (los dilemas vitales que el texto plantea), la meditativa (el evangelio como mapa de la consciencia) y, por último, la artística (sus principales metáforas e imágenes arquetípicas).

Lectura existencial significa que la pregunta ¿quién soy yo?, está detrás de cada uno de mis comentarios. No se trata, evidentemente, de una pregunta que admita respuestas definitivas, acaso ningún tipo de respuesta: no es un dilema que haya que resolver, sino más bien un horizonte con el que hemos de convivir. Mantener esta pregunta viva es ya empezar a responderla. Como ningún otro texto del mundo (al menos que yo conozca), el evangelio presenta de mil y una maneras –con evocadoras imágenes, historias iniciáticas y sentencias inolvidables– esta eterna e irresoluble pregunta. Nunca he leído un texto que, como el evangelio, me abra tanto a las paradojas de la vida, que son la puerta para maravillarnos de su grandeza.

Sobre la lectura meditativa quiero advertir que esta *Biografía de la luz* no se plantea de forma meramente temática (parábolas, milagros, encuentros...) y hasta cierto punto cronológica (infancia, vida pública, pasión, pascua...), sino que pretende ser algo así como la semblanza íntima de todo meditador: una suerte de plantilla para entender la propia experiencia contemplativa. Porque una vez que se inicia la aventura del silencio interior, una vez que se vislumbra el horizonte y se disciplina uno para caminar hacia él, con lo que todo meditador se encuentra es con la oscuridad que tiene dentro. Sólo sorteando las trampas de su mente y aco-

giendo en su corazón esa palabra que nace del silencio, llegará ese meditador, tras mil y una peripecias, al descubrimiento del Yo soy. Confío que esta vertiginosa síntesis haga comprender, al menos a quienes ya están en el camino, que este libro ha sido pensado como un itinerario interior. Este planteamiento es seguramente singular, en la inabarcable bibliografía sobre Jesús.

Ni decir tiene que hay otros autores que han leído e interpretado el evangelio desde una clave similar o complementaria. Abundan hoy los manuales de cristología y, sobre todo, las aproximaciones al Jesús histórico, cada vez mejor documentadas. Su valor es indudable, pero mi punto de vista es otro: una aproximación al Jesús místico y, sobre todo, al Cristo interior, faro de luz para todos. Lejos de mi intención, sin embargo, querer quedarme sólo con el Cristo de la fe. Quien crea que pierdo o difumino la particularidad de la figura auténtica de Jesús de Nazaret, no habrá entendido en absoluto el propósito de esta obra.

Con lectura artística, apunto a mi deseo de que la *Biografía de la luz* sea también algo parecido a un manual poético de la interioridad. De ahí que presente algunas de las imágenes para mí más evocadoras del evangelio –de las miles que contiene. Al fin y al cabo, Jesús no fue sólo un profeta, sino un extraordinario poeta que captó como pocos las aspiraciones y oscuridades del corazón humano y que supo expresarlas con admirable belleza.

La práctica de la meditación que ha ido colonizando mi vida –y que cuajó en su día en la escritura de la *Biografía del silencio*, un breve ensayo que tuvo una muy buena e inesperada fortuna– se sedimenta ahora en esta nueva biografía, continuación natural de la anterior.

Es poco menos que imposible que un sacerdote que sea escritor no se decida a vérselas, antes o después, con la figu-



ra de Jesucristo. El desafío ha comportado para mí, ciertamente, algunos riesgos: ahora, por ejemplo, puedo decir que conozco a Jesús mucho mejor que hace cinco años, pero también que me he dejado atrapar más por su misterio y que, por ello, necesito de más silencio. Yo siempre queriendo seguir mi camino, mi propia consciencia, hasta que he descubierto –¡oh, sorpresa!– que ese camino es el suyo y que Él es la Consciencia.

Para terminar, diré que, como casi cualquier otro libro, éste puede ser leído de principio a fin, pero también abriendo el libro al azar, por episodios sueltos. Todos los pasajes, sin embargo, han sido ordenados por temas y con un criterio mistagógico (de iniciación a los misterios), lo que permite que cada uno de los doce capítulos pueda leerse de forma relativamente independiente. Lo ideal, en cualquier caso, es una lectura espiritual, es decir, orada, meditada y compartida, sea con un acompañante o con un grupo. Sólo este tipo de lectura ayudará de forma significativa al crecimiento espiritual.

*Biografía de la luz* es un testimonio modesto, discutible, limitado, pero me ha parecido que también lo suficientemente hermoso como para compartirlo. En ningún momento he querido ofender a nadie con mis interpretaciones, pues creo que la fe de los sencillos debe ser preservada. Los pequeños y sencillos nos hacen ver cosas que, ciertamente, no veríamos sin ellos. Por gratitud, he procurado ser fiel a la Tradición, que más respeto y amo cuanto mejor la conozco. Así que ésta es la buena noticia que os anuncio: una invitación a mirarnos por dentro y, como consecuencia, a cambiar por fuera. El futuro dirá hasta qué punto he conseguido mi propósito.

EL AUTOR

I

# Iniciación a los Misterios

1. EL ENAMORADO

*La cuestión eres tú*

2. LA VIRGEN

*Nuestra naturaleza original*

3. EL SACERDOTE

*Entrar en el propio templo*

4. LA MADRE

*Viajar para encontrar espejos*

5. EL NIÑO

*El nacimiento del espíritu*

6. LOS PASTORES

*El misterio está en lo pequeño*

7. LOS MAGOS

*La sabiduría se postra ante la fragilidad*

8. EL PROFETA

*Quien de verdad ve algo, lo ve todo*

9. EL PELIGRO

*Proteger y promover nuestro tesoro*

10. LOS DOCTORES

*Hora de exponerse y de arriesgar el rechazo*

## 1. El enamorado

### *La cuestión eres tú*

*El nacimiento de Jesús el Mesías sucedió así. Su madre, María, estaba prometida a José y, antes del matrimonio, resultó que estaba encinta, por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era honrado y no quería infamarla, decidió repudiarla en privado. Ya lo tenía decidido, cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no tengas reparo en acoger a María como esposa tuya, pues lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. [...] CUANDO JOSÉ SE DESPERTÓ DEL SUEÑO, HIZO LO QUE EL ÁNGEL DEL SEÑOR LE HABÍA ORDENADO y acogió a su esposa. Pero no tuvo relaciones con ella hasta que dio a luz un hijo, al cual llamó Jesús. (Mt 1, 18-21; 24-25)*

Un hombre ama a una mujer que, según parece, le ha sido infiel. Es así como empieza todo. Este hombre, un judío llamado José, se encuentra en una difícil disyuntiva: o repudia a su prometida –que es lo que las leyes de su época le ordenan– o la acoge –desobedeciendo lo que le han enseñado desde niño. ¿Debo ser fiel a lo que creo –que se recoge en las Sagradas Escrituras– o debo más bien tomar por esposa a la mujer a la que amo –a quien, según lo prescrito, debería abandonar? ¿La religión o el amor, lo objetivo o lo subjetivo, lo razonable y prudente o lo que dictan las vísceras y el corazón? José está dividido entre lo que le rompe por dentro y lo que inevitablemente le convertirá en un marginado social. Su drama –como todos los dramas– es una escisión.

Con dificultad podemos hoy hacernos cargo de este dilema, puesto que en nuestros días nadie identifica la vida con la ley, por mucho que ésta se pueda respetar. Para nosotros, el espíritu y la letra pueden ir unidos o no; pero no son, ciertamente, lo mismo. En la época en que nació Jesús de Nazaret, en cambio, la Ley se amaba y respetaba por encima de todo. La Ley era lo que mejor representaba a Dios. La Escritura era el Absoluto, creían totalmente en la Palabra.

Nosotros ya no somos así, hace siglos que rompimos con esa mentalidad: realidad y palabra están separadas a nuestro entender. Nuestros problemas de conciencia son –en apariencia– muy diferentes a los que tuvo José. Claro que una cosa es decir que hemos roto con la ley –algo de lo que nos vanagloriamos– y otra muy distinta romper de verdad. No, definitivamente no es fácil liberarse de la ley y del sentido del deber. Nos los han metido muy dentro y, aunque a menudo nos pese, nos identificamos con normativas e instituciones, que necesitamos más de lo que nos gustaría. El niño teme no ser aceptado por su clan si no cumple con lo establecido. El joven o adolescente está en el polo opuesto: necesita romper con lo que ha recibido para encontrarse consigo mismo. Los adultos sabemos que, si aboliéramos esa ley –ese marco externo que nos da seguridad–, nuestra vida tomaría un rumbo inimaginable. Es por eso que normalmente nos resistimos con uñas y dientes: no queremos cambiar o, lo que es lo mismo, no queremos asistir a ese cambio permanente que es la vida.

A ojos del enamorado y creyente José, María era la compañera que el propio Dios había puesto en su camino. ¿Cómo es que Dios me ha dado a esta persona –tuvo que preguntarse– para luego quitármela? Su tortura interior era, por tanto, sobre el concepto de Dios. Porque su corazón se le partía ante la idea de tener que separarse de María; pero también, y tan desgarradoramente, sólo de pensar que de-

fraudaría a Dios si es que no la repudiaba. Por eso, cuanto más pensaba en toda esta situación, menos la comprendía y más sufría. Así hasta que un día, harto de dar vueltas al asunto, decidió no pensarlo más y le pidió fervientemente a Dios que fuera Él quien lo resolviera. Según se nos cuenta, aquella misma noche tuvo un sueño. *Al despertar*, José supo que había obtenido la respuesta a su dilema.

Se te ha muerto un hijo, ¿cómo elaboras esa pérdida? Tienes la ocasión laboral que llevas años buscando, ¿saltas a lo desconocido? Te diagnostican una enfermedad de mal pronóstico, ¿qué haces cuando te dicen que te queda poco? El evangelio está lleno de dilemas de este género. Fueron protagonizados por hombres y mujeres de otro tiempo, pero el corazón humano es siempre el mismo. De modo que las respuestas que ellos dieron en su día iluminan ahora nuestras preguntas. Es por esto que nos interesa el dilema de José y cómo le hizo frente tras aquel sueño.

José no solucionó su problema con la mente –pensándolo mucho–, sino con el espíritu. Es probable que nunca llegase a comprender lo que realmente le había sucedido a su mujer; pero eso no le impidió vivir tranquila y felizmente con ella. Obedeciendo la voz de su sueño, José la tomó consigo y la llevó a su casa. El amor por su compañera estuvo para él por encima de cualquier convención y de cualquier argumentación. Sí, pero ¿cómo fue capaz? ¿De dónde sacó las fuerzas para inclinarse por sus sentimientos, a sabiendas de lo que se le venía encima? ¿Se estaba haciendo cargo que optar por ella justificaría la exclusión total de su clan? Un libro sobre la luz debe empezar por aquí: no hay elección espiritual sin conflicto social.

Elegir a María por encima de todo revela que José antepuso su propia conciencia a cualquier otra cosa –también a la religión. Contra lo que pudiera parecer, esta elección no supone en rigor una crítica a la religión, puesto que es la

propia experiencia religiosa de José la que le transmite que la verdadera religión debe morir a sí misma por fidelidad al núcleo más íntimo de la persona. Es evidente que José no llega a esto por sí solo, sino por medio de un ángel que se le presenta en un sueño y que le ayuda en su discernimiento. Gracias a esta presencia angélica podrá José afrontar la soledad que comporta vivir con un secreto.

El camino por el que José llegó a esta reconciliación con los hechos requirió de cierto tiempo. No fue algo que pudiera ventilar en unos cuantos días. José tuvo que trabajar-se mucho por dentro y por fuera. Y su mente no le sirvió de nada a este efecto. Todavía más: si la dejaba volar, su mente le llenaba de miedos, obsesiones, razonamientos... Era todo eso, precisamente, lo que aquel hombre debía acallar. Porque sus pensamientos eran recurrentes y, con ellos, crecía su sensación de lo injusto que Dios había sido con él y, en consecuencia, de su inmensa desgracia.

Nosotros somos capaces de leer bibliotecas enteras para responder a nuestros dilemas. Somos capaces de hacer retiros muy largos o de recitar mantras día y noche. Pero todo eso es en vano. No nos damos cuenta de que para salir de nuestros dilemas bastaría con que pusiéramos amor y atención a lo que tenemos entre manos a cada instante. Y eso fue justamente lo que hizo José. José abordó su situación esmerándose al máximo en su trabajo como carpintero. Se esmeró cuanto pudo aserrando, cepillando y barnizando, porque empezó a comprender que la mente le dejaba de molestar cuanto más a fondo se empleaba en su trabajo. Cuanto más se entregaba a su obra hasta desaparecer en ella. Fue así, gracias a su entrega al trabajo manual, gracias al amor que ponía en sus quehaceres cotidianos, como aquel dilema tan acuciante se fue diluyendo hasta que, como por ensalmo, terminó por desaparecer. Su mirada a María se había limpiado de toda animosidad. En su alma ya no había peso alguno. Volvía

a sentirse contento y ligero, como antes de tener noticia del embarazo. El cuerpo le había redimido del fantasma de su mente. Así que –y ésta es la conclusión–, gracias a su trabajo –manual y espiritual a un tiempo–, José pudo ir descubriendo su identidad y su misión en el mundo: acompañar la vida y guardarla en el corazón.

El corazón se prepara con el cuerpo. Esto es lo que enseña la meditación y el evangelio. Tanto la palabra como el silencio muestran que un cuerpo erguido y elástico es signo visible de un corazón recto. Un cuerpo inquieto o abotargado, por el contrario, suele expresar un corazón encastillado y endurecido. Nos guste o no, lo externo es un reflejo de lo que llevamos dentro.

Todos somos José alguna vez, todos debemos atravesar este conflicto entre el espíritu o la ley, lo privado o lo público, la propia consciencia o estar a bien con la sociedad. No se puede vivir conscientemente sin este dilema. Vivir sin él significa que no hay consciencia.

Son muchos los que hoy viven más o menos embotados de activismo y ruido, incapaces de escuchar esa voz interior que nos impele a elegir entre soledad o gregarismo, entre plenitud o simple bienestar y, en último término –aunque a algunos les asuste–, entre el mundo o Dios. Donde digo Dios, podemos, ciertamente, leer espíritu o consciencia. Eso ahora no importa.

¿Dios o el mundo?, resulta crudo formularlo en estos términos. Porque entre el espíritu y la ley, todos tenemos claro qué es lo que elegiríamos. Pero ante la disyuntiva del mundo o Dios –aunque sea la misma– dudamos como seguramente dudó el propio José, puesto que nadie puede solventar esta cuestión simplemente pensándola.

Fue *al despertar* de un sueño cuando José tomó su determinación, no gracias a un largo y sesudo proceso de reflexión.

Nada de lo que luego le sucedió podría haber sucedido si José hubiese permanecido dormido, sin hacer la aventura interior. Sólo despierto pudo este hombre poner en práctica lo que el ángel –su voz más íntima– le había prescrito.

El mensaje de ese ángel creo que hoy podría formularse así: ten con todo una relación íntima –de amado y amada– y acógelo en tu hogar, pero no lo profanes, es decir, mantén con todo siempre una relación desinteresada, más allá del ego. No te desentendas de tu novia, no la sacrifiques por tu conflicto, no te sacudas el problema –que es lo que solemos hacer casi todos cuando afrontamos una situación compleja. Es más: convierte a esa chica en tu esposa, esto es, vive con tu problema, sacrificate tú, date cuenta de que tú eres siempre la cuestión. Atrévete a ser uno con el problema: míralo a los ojos cada mañana, camina con él por la tarde, acuéstate a su lado por las noches. Date cuenta de que tu problema no es algo externo a ti, sino que eso eres tú. Tú eres el amor que sientes por María y las dificultades que experimentas para vivirlo.

José obedeció su conciencia: no huyó de lo oscuro, sino que lo abrazó. Por eso pudo tener un hijo, que fue su luz. Esto es hermoso: no es el conocimiento lo que nos hace fecundos, sino la fecundidad la que nos da conocimiento. La verdad es fruto del amor, no puede haber verdad si no hay amor.